

**En
aquél
país**



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Samuel Burr Johnston
Derechos exclusivos de edición:
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: julio de 2024

ISBN: 978-956-408-575-3

Impreso en: CyC Impresores

SAMUEL BURR JOHNSTON*

Traducción del inglés por
José Toribio Medina

En aquél país

AVENTURAS DE UN TIPÓGRAFO
YANQUI EN CHILE (1811-1814)

* El nombre que usa el autor es *Cartas durante una residencia de tres años en Chile en las que se cuentan los hechos más culminantes de las luchas de la revolución en aquel país; con un interesante relato de la pérdida de una nave y de un bergantín de guerra chilenos a consecuencia de un motín, y del arresto y penalidades que sufrieron durante seis meses en las casamatas del Callao varios ciudadanos de los Estados Unidos*. Para efectos de síntesis, preferimos reunir la esencia de todas las materias que trata el libro en un título nuevo, sugerido por el autor Simón Soto (N. del E.).

JOHNSTON EN EL PAÍS DE LAS PRIMERAS COSAS

A veces volvemos la cabeza al pasado y nos sorprendemos. Verdadero extrañamiento, un chispazo capaz de provocar curiosidad, que irá encendiéndose con el combustible que provee la profundización. No me refiero, aclaro, regresar al gran pasado —el del primer mundo, aquel donde ocurren la caída de Roma y las guerras mundiales del siglo pasado—, sino al nuestro. Hablo sobre esta región, volver a los días antiguos de Chile. Basta permitirnos explorar periodos significativos para aquella sorpresa incandescente. Ese milagro del espíritu (la maravilla frente a algo desconocido e improbable, que nos interpela directamente porque ha ocurrido en el mismo espacio que habitamos hoy) es más intenso cuando es provocado gracias a testimonios y registros de hombres y mujeres ajenos al brillo de la posteridad. Viajeros anónimos, profesionales que arribaron por compromisos laborales, pioneros desconocidos que quisieron labrarse un futuro mejor inspirados por las promesas de la tierra nueva, del paraíso americano que esperaba con sus riquezas a los intrépidos que arriesgarían todo por ellas.

Recuerdos del pasado, de Vicente Pérez Rosales; *Diario de mi residencia en Chile*, de Maria Graham; *Memorias de un emigrante*, de Benedicto Chuaqui, entran, a mi parecer, en la categoría de obras narrativas escritas por personajes terciarios de la historia. Si tuviera que fijar solo una característica para definir las, diría que el punto de vista de los autores está a la altura de los ciudadanos. Es decir, muy por debajo de la mirada de los grandes

héroes patrios. A esta esfera de libros pertenece la obra que el lector tiene en sus manos, *En aquel país: Aventuras de un tipógrafo yanqui en Chile (1811-1814)*, de Samuel Burr Johnston, traducida del inglés por el abogado, investigador e historiador chileno José Toribio Medina. Escrita en forma epistolar, esta crónica narra las peripecias del autor-narrador, quien llegó a Chile para instalar y manejar la primera imprenta del país, y donde vieron la luz la *Aurora de Chile* y *El Monitor Araucano*, documentos fundacionales de la prensa nacional.

Por supuesto, el periplo vital de Johnston es muchísimo más amplio que sus funciones como tipógrafo. En esa multiplicidad de experiencias radica la riqueza de este libro, que arranca con el paso en barco a través del temible Cabo de Hornos —tormentas que forman montañas de olas y vientos huracanados que fácilmente podrían partir la nave por la mitad, nos cuenta el narrador—, y se extiende por tres acontecidos años, en los cuales podemos vislumbrar el puerto de Valparaíso en sus años germinales, con vívidas descripciones de la bahía, el Almendral y los cerros en cuyas faldas las casas del pueblo ya empiezan a erigirse. Digo acontecidos, porque quedan por delante muchos hitos memorables, excepcionales, indelebles. Por ejemplo, y para mencionar algunos: extenuantes viajes a lomo de caballo por caminos poblados de bandidos, fiestas desatadas, cautiverio en el Perú, una batalla naval en el puerto principal de Chile bajo el contexto de la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra, y mucho más. Todo se vive intensamente, y la perspectiva del observador no se encumbra hacia la construcción del mito patrio. Para Johnston, el encargo laboral deriva en aprovechar las oportunidades que la

joven e inestable nación ofrece. Beneficio propio, conveniencia antes que sacrificio por ideales intangibles. Gracias a esta cualidad, el lector, pienso, puede empatizar con facilidad con el narrador. La crónica de Samuel Burr es la de alguien que se busca la vida, que vislumbra las mejores oportunidades para procurarse el sustento y aprovecha las ofertas del destino, aunque muchas veces fracasa. Su vida incluso corre peligro debido a las acciones emprendidas. Es algo parecido a la vivencia de la mayoría de los mortales, relatado con pericia, con enorme tensión narrativa, con exquisito detalle.

Es imposible no leer esos hitos desde el lente de las diversas ficciones y relatos que hemos consumido. Largometrajes, novelas, cuentos, series de televisión: las formas y tonos de estos productos culturales determinan nuestra manera de aproximarnos a la historia (quizás deberíamos escribir Historia, la gran y total Historia) como lectores. No lectores académicos ni “profesionales”, sino lectores movidos por la curiosidad, por el deseo de experimentar placer estético, por la voluntad de informarnos. Lectores “de a pie”, digamos, usando una imagen sencilla y clara. Tal vez no se trate de un proceso consciente, pero mi experiencia me dice que los lectores comunes, en su gran mayoría, se aproximan a la historia buscando los modelos que encontramos y aprendimos en la ficción. Deseamos percibir la tensión narrativa que mana del relato, atendemos al destino de aquellos seres lejanos en el tiempo como si de personajes trágicos se tratara, descubrimos cómo el azar cambia el curso de una sociedad, o el carácter de hombres y mujeres se vuelve excepcional para enfrentar la adversidad. No siempre aquellos modelos humanos son los héroes y heroínas patrios

recurrentes. Manuel Rodríguez, Bernardo O'Higgins, Arturo Prat, José Manuel Balmaceda, Salvador Allende; a todos los conocemos en mayor o menor profundidad, se ha escrito sobre ellos desde diversas aristas, agotando enorme cantidad de páginas. La sorpresa verdadera, pienso, el descubrimiento genuino, aparece en los intersticios secretos de la historia. A través de bitácoras, diarios, correspondencia o memorias de sujetos que están fuera del diseño ideológico de las sociedades, la vida colectiva y política de una comunidad aparece retratada de manera única, irrepetible, original. Emerge la ilusión de la realidad. No solo a través de los detalles, sino por obra de la mirada. La forma en que el narrador percibe la temperatura social que emana del entorno, la elección de palabras para expresar el instante preciso, la modulación que permite transmitir emociones determinadas: todas virtudes que atraviesan, de principio a fin, la álgida experiencia de Samuel Burr Johnston en los primeros días de Chile como país.

Un elemento muy llamativo de estilo es la forma epistolar del libro. Nos cuenta el traductor y prologuista del volumen original, José Toribio Medina, que la decisión de redactar la crónica del viaje a modo de cartas, fue idea del editor norteamericano. Para la época, y para el tipo de obra que es (impresa por primera vez en 1816, en Pennsylvania, Estados Unidos), parece por lo menos una excentricidad. Sin embargo, se intuye que la carta dirigida a un amigo (imaginario o supuesto), tiene por objetivo precisamente motivar no solo el interés en la narración, también la empatía del lector. A poco andar, la prosa de Johnston deja en un segundo plano al supuesto destinatario de la historia, y se deja ir por el relato, por los

recuerdos de los años ajetreados en este rincón del mundo que hoy habitamos. La camisa de fuerza epistolar se desata y el autor avanza a paso seguro, firme y libre sobre el vehículo narrativo. No importa demasiado, entonces, el formato de las forzadas misivas, aunque dota a la obra de cierta extravagancia que podría, tal vez, sumarle valor para los potenciales lectores, al diferenciarla de otros libros de características medianamente similares.

En aquel país: Aventuras de un tipógrafo yanqui en Chile (1811-1814) es un libro trepidante, curioso y que, sin forzar los hechos, nos permite acercarnos al Chile que nacía como nación autónoma e independiente. Todavía era posible oler el hedor de los cañones ardientes y oír el choque de espadas y el ruido de los fusiles. Era un proyecto de sociedad que buscaba equilibrarse, pero trastabillaba más de lo conveniente. Las revueltas podían estallar en cualquier parte, y los hombres ejercían el poder con mano durísima y mucha sangre. El país había nacido y sus padres y madres intentaban mantenerlo con vida usando lo mejor posible las discretas herramientas que poseían. Y allí estaba nuestro autor, Samuel Burr Johnston, embarcado en sus propias correrías, testigo involuntario de aquellos días candentes y peligrosos que nos precedieron y nos constituyen hoy como sociedad.

SIMÓN SOTO

NOTICIA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

El librito que hoy ofrezco vertido fielmente del inglés fue impreso durante 1816 en el pueblo de Erie del estado de Pennsylvania en Estados Unidos. Aunque su existencia era conocida por la descripción que dio Joseph Sabin¹ en 1877, tanta es su rareza —probablemente por haber salido a luz allí y en una tirada muy reducida— que nunca, hasta hace pocos días, había logrado verle. Un ejemplar estaba, sin embargo, desde tiempo atrás en Chile. Fue traído por don Francisco Solano Astaburuaga, de quien lo heredó su hijo don Luis, en la venta de cuya biblioteca fue adquirido a un alto precio —en competencia con un caballero norteamericano muy conocedor de la bibliografía de su país, que estaba como pocos en situación de apreciar su valor—, por don Carlos R. Edwards, y a su amabilidad soy deudor de que me permitiera traducirlo.

Su autor fue Samuel Burr Johnston, cuya biografía esboqué en el prólogo de mi *Imprenta en Santiago* y que hoy, gracias a los datos que nos da sobre él mismo en sus *Cartas sobre Chile*, es posible adelantar y esclarecer más de algún punto que permanecía en la penumbra, y que podrá completarse, en cuanto al lugar de su origen y a la fecha de su nacimiento (una vez que se conozca la declaración que prestó en el proceso que se le siguió en el Callao, que voy a mencionar en su momento, y que se hace forzoso por ahora dejar para ocasión posterior,

1. Es el autor de *Un diccionario de libros relacionados con América desde su origen hasta el día de hoy*. Nueva York, 1877 (N. del E.).

cuando, Dios mediante, publique las “Adiciones” que preparo para aquella obra).

Johnston había salido de Nueva York el 22 de julio de 1811, embarcado en la fragata mercante Galloway, en compañía de Guillermo Burbidge y de Simon Garrison, tipógrafos que debían tomar a su cargo en Santiago la imprenta que don Mateo Arnaldo Hoevel había encargado a Estados Unidos con el propósito de ofrecerla al Gobierno insurgente de Chile, sin duda después de insinuaciones que recibiera del mismo. La ilustración de la cual dio pruebas Johnston y el hecho de que su nombre aparezca enunciado siempre primero en los colofones de los papeles salidos de esa imprenta inducen a creer que era él quien la dirigía, que fue su regente —para hablar en términos del oficio—. Todos ellos venían, al parecer, a la aventura y sin contrato alguno previo para el ejercicio de su arte en Chile.

Después de una navegación de ciento veintidós días —sin incidentes dignos de notar— la Galloway echó sus anclas en Valparaíso el 21 de noviembre de ese año 1811. Como el Congreso reunido en la capital sabía del arribo de la nave, de las mercaderías que conducía y de que en ella habían llegado también algunos “artistas”, seis días más tarde dirigió a Hoevel una nota en la que le pedía que le “diese razón de la profesión y designios de dichos artistas, de los objetos conducidos relativos a la utilidad pública, especialmente de la imprenta (cuya conducción se tratará de acelerar) y de proponerle los medios que haya más asequibles, atendidas nuestras actuales circunstancias, para proteger y aliviar en cuanto sea posible a los individuos cuyas profesiones sean útiles al reino”.

El Gobierno, por su parte, compró a Hoevel la imprenta, que era de propiedad de otro americano llamado